

Entra sin miedo
en la luz
más antigua

Javier Lasheras
Entra sin miedo
en la luz
más antigua



algaida



Diseño de cubierta: José Luis Paniagua

Primera edición: 2022

© Javier Lasheras, 2022

© Algaida Editores, 2022

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-664-7

Depósito legal: SE. 1.356-2022

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Here's looking at you, kid.

El hombre que desdeña o teme caminar por una callejuela oscura podrá ser un hombre excelente, y apto para un centenar de cosas; pero no valdrá para ser un buen viajero sentimental.

LAURENCE STERNE
Viaje sentimental

ADAM CAST FORTH

¿Hubo un Jardín o fue el Jardín un sueño?
Lento en la vaga luz, me he preguntado,
casi como un consuelo, si el pasado
de que este Adán, hoy mísero, era dueño,

no fue sino una mágica impostura
de aquel Dios que soñé. Ya es impreciso
en la memoria el claro Paraíso,
pero yo sé que existe y que perdura,

aunque no para mí. La terca tierra
es mi castigo y la incestuosa guerra
de Caínes y Abeles y su cría.

Y, sin embargo, es mucho haber amado,
haber sido feliz, haber tocado
el viviente Jardín, siquiera un día.

JORGE LUIS BORGES

I

A SÍ VISTA, DESDE ARRIBA Y ENTRE LA GENTE, ME RECUER-
das a esas personas diminutas y semejantes que pue-
blan los cuadros de Juan Genovés. Aunque según te
vas acercando te revelas tan singular que parece tengas una
historia que decir, como este sol de octubre iluminando este
enjambre que circula por el aeropuerto con el aliento de un
destino o solo una ilusión. Y justo cuando llegas a la sala de
embarque veo en ti a la mujer que conocí hace veinticinco
años, elegante y decidida.

Sé que vienes a cumplir con tu compromiso, nuestro
pacto, y que traes contigo un puñado de recuerdos para amor-
tigar el vértigo y la ausencia, ¿verdad?; buenos momentos
que no caducan. Y también una maleta y una bolsa en la que
llevas el libro y la revista que acabas de comprar, más por cos-
tumbre que por ganas de leer.

Te paras ante una pantalla y compruebas que tu vuelo a
Mallorca sale a su hora. Abominas del avión, tienes un miedo
irracional a volar y el aire acondicionado te está matando. Tú,

que necesitas por lo menos treinta grados para vestir con los brazos al aire.

«Qué absurdo es esto. Tenía que haberme quedado en casa», te dices mientras buscas un lugar donde sentarte. Pero tu queja no alcanza a ser lamento. Pasan por tu mente las imágenes de aquel viaje que hicimos juntos por la isla, hace ya tantos años, y en tu cara se dibuja una mueca, casi una sonrisa que sostiene la tristura de tus ojos. Recuerdo que alojados en Deyá te hablé de Robert Graves y de sus obras; de los dioses del Olimpo, de la enigmática princesa Ariadna y del subversivo dios Dioniso, de sus antojos y venganzas. Tú te acordabas vagamente de la serie de televisión *Yo, Claudio*, basada en su novela homónima. Y te conté que de joven había leído algunos poemas suyos. Me fascinó su Diosa Blanca.

Para Graves las historias que valían la pena contar eran las que invocaban a esta Diosa, una mujer adorable de cabello largo y rubio, de rostro pálido y labios rojos que tan pronto se transforma en yegua como en perra o comadreja, y que representa el antiguo poder de miedo y lujuria, la abeja reina, la araña hembra cuyo abrazo es la muerte. Y también la Musa que inspira al poeta si se enamora de una mujer «poseída» por ella, soportando su crueldad y caprichos a cambio de la luz que se le otorga.

—Vale, a partir de hoy yo seré esa mujer poseída por la Diosa.

—Vagga, no he escrito un poema en mi vida. No sabría —te expliqué.

—¡No te preocupes! Yo te inspiraré lo que escribas. Pero a cambio serás mío. Solo mío. Y atenderás cada uno de mis deseos —me dijiste entre sonrisa y sonrisa, abrazada estrechamente a mi cintura—. Y si no lo haces te hechizaré y te convertiré en un árbol. O en un hipopótamo. Ya veré.

Visitamos su casa convertida en museo, en Ca n'Alluny, donde jugueteamos por las estancias como dos jóvenes imperpinentes. Luego caminamos hasta el cementerio encaramado en la cima del pueblo. Allí una lápida humilde le recuerda. El sepulturero o el albañil caligrafió con un trazo infantil y sobre el cemento aún fresco su nombre y un título:

ROBERT GRAVES
POETA

Y cómo disfrutamos durante la cena, en Es Racó d'es Teix, al amparo de la Tramontana. Al terminar dimos un paseo hasta la cala. El camino te gustó tanto que nunca dejaste de evocar aquel aroma terroso y alcanforado que llegaba mezclado con el ímpetu un poco fatigado del mar, aún voluptuoso y ya anochecido. Nos paramos durante unos segundos en una cuesta. Habías descubierto una lagartija prendida en el cristal de un farol y yo me quedé quieto, imitándola con los dedos extendidos cual espátulas, poniendo cara de saurio. Te measte de la risa y me hiciste una fotografía que decidí colocar sobre la mesa del despacho. Y para mi sorpresa, mucho tiempo después te tatuaste una a la altura del ilion de tu cadera. La felicidad era eso.

Sí, Vagga, es verdad, de todo hacíamos una celebración o una fiesta. ¿Cuántas botellas habremos descorchado durante estos años? Deberíamos hacer un cálculo, pero ¿cómo hacerlo? La memoria, que a veces llega exuberante y otras acontece esquiva y vaga, es un río interminable y los recuerdos que la habitan son peces escurridizos, difíciles de capturar.

TE SIENTAS Y OBSERVAS cómo gravita en el espacio la luz amplia y matérica del aeropuerto, tan plomiza cuando no queda otro remedio que esperar. No deseas hablar y tus gafas de sol te ayudan a marcar las distancias. Nada nuevo, siempre has tenido un carácter reservado que contrasta con la dulzura que muestras en las distancias cortas. Aunque la imagen que proyectas nunca te ha preocupado en exceso.

Frente a ti un tipo calvo de barba blanca toma notas en una libreta. Te ha visto llegar y cada vez que levanta los ojos por encima de sus gafas te mira anhelando una conversación que no va a suceder. Un poco más a la derecha, una pareja muy joven se enreda entre caricias. Te gusta verlos así, sin censuras, ajenos a lo que pasa a su alrededor. Y cerca del ventanal una mujer se pinta las uñas de los pies y un niño corretea inquieto de un asiento a otro como si fuera un jinete al trote con su caballo. «*La comedia humana*», te dices sin saber muy bien cuál es tu papel en ella.

LLEVAS UN TRAJE DE chaqueta del color de tus ojos y una camiseta ceñida a juego con tus botines negros. Siempre me ha gustado la sobriedad de tu estilo. Aún me acuerdo del vestido blanco que te compraste en Mazagón. ¿Recuerdas el sur, Vagga? ¿La casa cerca de Doñana? Septiembre había llegado con un calor ofensivo, más propio de una forja, sometiendo nuestros cuerpos a las sombras de la casa. Al caer el sol salíamos al porche medio desnudos, buscando una brisa que nos refrescase; tú satisfecha como una reina amazona y yo con la nostalgia del marinero sin barco ni partida. Desde allí divisábamos un mar de metales oscuros calmando los acantilados que comenzaban a incendiarse,

piras de titanes ante el último resplandor. Te encantaba mirar cómo me servía un *whisky* y escuchar el tintineo de los hielos cuando los removía con mis dedos. Yo solía repicarlos en la boca y tú los cogías para derretirlos en tu piel o burlarte de mí, imitándome como si fuera un bóvido, exagerando el movimiento de tu mandíbula. Me gustaba cuando te reías de mí porque lo cierto es que me hacía sentir importante.

A veces, mientras oteabas el paisaje, aprovechaba para aspirar el aroma cítrico de tu piel y mirarte sin que te dieras cuenta, buscándote un parecido con el personaje de una película o alguna novela. No sé, una marquesa depravada o una fugitiva en el bar de un hotel; quizás una madre, una mujer fatal o una esposa infiel. También miraba sin pudor la marca de tus pezones y jugaba a adivinar tus pechos. En mi placentera deriva imaginaba que me invitaban a sorberlos: lima, azúcar, vodka, mucho hielo y agitar. Agitar bien, se entiende, igual que hacía la brisa con tu pelo.

—¿Con qué sueñas cuando estás despierta? —te pregunté importunando tu mirar, asomada a ese cielo atlántico por el que pasaban las nubes lentas. La luz se acurrucaba en tu piel y tu fina osamenta clavicular relucía como una joya tartésica llena de misterio.

—¿Que con qué sueño? Con darte una paliza —dijiste sonriente.

Me lo tenía merecido. A veces me sublimaba con la ridícula impostura de la trascendencia y en tu respuesta iba implícito que me dejara de tanta tontería. Ya estábamos juntos. No tenía que seducirte. No de esa manera.

—Eso puedes dejarlo para tus *jóvenes* seguidoras —me largaste socarrona. Vagga, ¡qué exquisitamente hiriente eres cuando quieres! Y, sin embargo, confieso que también me gus-

taban esos pellizcos tuyos. Te ponían un tentador punto de maldad.

Y sonreíste. Porque casi siempre sonreías, agradecida con la vida, como aquella tarde de abril en que nos conocimos, ese mes que, según escribió T. S. Eliot, es el más cruel, pues al engendrar lilas en la tierra muerta del invierno, confunde la memoria con el deseo. Pero entre tú y yo todavía no había memoria, solo deseo. Y como un puñado de arcilla a la mano me hice a tu sonrisa, abandonándome a las formas de tu ser. Me convertí en un perro fascinado por tus ideas; un caballo orgulloso de su amazona; un coloso derritiéndose ante tus logros, agarrado a tus vísceras, divertido y expectante. Y en un demonio, un pequeño tirano, solías decir felizmente rendida a mis antojos.

Sabíamos que el deseo no bastaría frente a la carcoma de los días, inútil arma contra los dioses severos y enseguida nos pusimos a buscar nuestro jornal de felicidad: lluvia en primavera y ascuas en invierno. E igual que dos seres que acabaran de abandonar la placenta, comenzamos a experimentar el espectáculo de la vida, afectos y razones que quisimos bautizar, probando sílabas, para así nombrarlos y darles carta de naturaleza. Sí, empezamos a componer palabras nuevas para cobijarnos y crecer, el juego de dos alargando el tiempo hasta el fin del universo, sean lo que sean y signifiquen lo que signifiquen tanto el tiempo como el fin del universo. Palabras, súbitos descubrimientos. Y ya no pudimos parar.

AL ATARDECER, CUANDO LAS gaviotas se acunaban sobre las olas cansadas o firmaban en el aire las últimas rondas del día, llegaba hasta nosotros la música del bar de la playa. Desde el

porche escuchábamos el sedante *Blackbird* susurrado a ritmo de *chill-out*, «...*take these broken wings and learn to fly. All your time, you were only waiting for this moment to arise*», mientras el sol se derretía como una nuez de mantequilla en la sartén del horizonte y un ópalo de fuego crecía en nuestras entrañas. Apenas quedaban veraneantes y los que paseaban por el arenal parecían charranes, correlimos o chorlitos sin más ambición que agotarse en la orilla o brindar sus cuerpos a la luz que ya se iba. Luego abandonaban la playa, dejándola desnuda hasta el amanecer, cuando pescadores y coquineros regresaban para ceñirla con sus redes y aparejos.

Un día, arúspice de mi destino, advertí en el cielo unas líneas negras, malignas, y supe que todo llegaría a su final. No por falta de ganas ni por la rutina de los días. Cierto es que volábamos alto y veloces como Ícaros enfebrecidos por el placer de nuestro vuelo. Pero a esa velocidad la vida quema y la realidad se vuelve difícil de interpretar: espacios y coordenadas, ángulos e incertidumbres, complejas maniobras.

Y ese momento llegó. Los dioses comenzaron a beber y parlotear, a fornicar y bostezar para su solaz, ajenos a nuestras vidas y destinos. Teníamos los días contados y el futuro acabaría desplegando la palabra fin, igual que en una película o en una novela:

F I N

Ah, si pudiéramos borrar los recuerdos y volver a esa antigua ebriedad de la luz. Tú y yo. Una vez más. Juntos hacia el fin del universo.

ANTES DE REGRESAR A casa, en Luxemburgo, hicimos una parada en Sevilla. ¡Tenía tantas ganas de enseñártela! Entonces no reparé en lo que ahora veo con claridad: que a ti nunca te han gustado los ejercicios de nostalgia, forzar la madeja de los recuerdos o revivir los malos momentos. Y si de los buenos se trata, te duele añorar el paraíso perdido.

En cuanto nos acomodamos en el hotel salimos a caminar por Los Remedios, el barrio de mi infancia y juventud. Mi calle iba perpendicular al río y en ella estaba el colegio de los Padres Blancos, el San José, donde estudié durante mis primeros años, con sus patios, su cine y su iglesia. Allí hice mi primera comunión. Cuando el cura me ofreció la hostia mojada en vino, enseguida la puse bajo la lengua. No soportaba su sabor y al terminar la ceremonia fui a toda prisa al baño.

Muy cerca había estado un pequeño colmado al que solíamos acudir para comprar chucherías y beber refrescos. Era la tienda de la Alemana, atendida por una mujer siempre sentada en su silla de ruedas tras el mostrador. Se decía que ella y su hermana habían sido cómplices del nazismo. No lo sé. Nunca lo supimos. Pero inventábamos historias a la sombra de los silencios.

Seguimos recorriendo la calle y te señalé el local que en su día ocupó el bar Celso del que tampoco quedaba rastro. Nos encantaba jugar con las máquinas de petacos y bolas de acero, pero mi padre nos tenía prohibida la entrada si no era en su compañía. El bar era solo para hombres.

Llegamos al portal. Alcé la mirada, localicé el piso y, conteniendo la emoción, me adentré por las ventanas y terrazas en el pasado de sus estancias.

Luego te llevé al cercano Parque de los Príncipes a donde íbamos cuando hacíamos rabona; y te hablé de los hormigueros que inundábamos, de los naranjos y limoneros a los

que trepábamos o de los pájaros que furtivamente cazábamos con red en el contiguo barrio de Tablada. Algunos chicos se los llevaban a sus madres para meterlos en la sartén. Y te conté que a veces, al atardecer, prendíamos pequeñas hogueras en los alberos más lejanos del ferial. El olor nos delataba y más me valía que al llegar a casa mi madre no se diera cuenta.

En verano y bajo un sol fulminador, entre las calles de Joselito el Gallo y Juan Belmonte, jugábamos partidos de tenis sobre los suelos de las casetas de la Feria. Nos bastaba una tiza y una red para reconvertir las tierras o cementos en la pista central de Roland Garros, emulando los *passing shot* de Björn Borj o los *drives* de Manuel Orantes.

Por supuesto, te conté de aquellas chicas inalcanzables y vertiginosas. Una tarde, cuando el azahar comenzaba a embriagar el aire, mi hermano mayor convenció a la muchacha que pasaba por ser su novia para que le dejara acariciar sus pechos. Yo me había acercado sigilosamente y me quedé espiándoles detrás de un árbol. ¡Era tan torpe e inocente! Mi hermano me vio y llevándose el dedo índice a los labios, pidiéndome silencio, le susurró algo al oído. Él me llamó y en unos segundos aquella muchacha me desnudó el alma con sus ojos oscuros e imperiales. Jamás los he olvidado. Me acerqué y Generosa, que tal era su nombre, se desabrochó de nuevo y pude tocar sus pechos durante un minuto. Santodíós, creo que esos sesenta segundos encauzaron más que ningún otro los placeres de mi vida. Aún conservo en la palma de mis manos la horma firme y caudalosa de sus pechos. Aprendí que un cuerpo era el mejor antídoto contra el frío del mundo y, como por ensalmo, los pecados de lujuria que el padre Javier nos había explicado en las clases de religión se volvieron virtudes principales del deseo. Sin embargo, la epifanía de ese minuto no logró parar el curso de la historia. Aquella muchacha y tan-

tas otras siguieron su camino, paseando sus carpetas forradas con fotografías de amores imposibles y seduciendo en secreto el entendimiento de otros jóvenes mayores que nosotros. Al año siguiente ya estaban saliendo con ellos, ya de otro mundo, altivas y verticales, dejándonos como únicos recuerdos la garganta ronca y el semen ahorcado.

A veces, desafiando lo desconocido, los muchachos nos adentrábamos más allá del ferial y con las primeras sombras del atardecer, ocultos entre escuálidos matorrales, observábamos las maniobras en el interior de algún automóvil. Un ruido o una mirada desde el habitáculo y todos salíamos despavoridos en busca del único consuelo posible: la imaginación. Por lo que pude saber, algunos, más tribales, llegaron a calmar su urgencia testicular a coro.

Pero de todo hace ya mucho tiempo, cuando Franco se estaba yendo o ya se había ido al otro lado. Y al contemplar esa calle repleta de coches estacionados —donde habíamos jugado eternos partidos de fútbol entre los alumnos del Claret y los del San José o entre los chicos de los barrios de Triana y Los Remedios— y confrontar esa imagen con mis recuerdos, me sentí abatido y no quise permanecer allí ni un minuto más. Es el riesgo que se asume si uno visita los lugares de la infancia: aquel tiempo veloz se detiene y los espacios de ayer se cuartejan como tierra sin agua. No, ni siquiera me consolé al ver milagrosamente incólume la pared del edificio que usábamos como frontón para jugar a la pelota o a cuchillo, tijera, ojo de buey.

Paraste un taxi y regresamos al centro. Necesitaba recomponerme. Caminar y tomar aire. Y paseando por la Avenida de la Constitución, me detuve en una esquina, ante aquel local vacío. «DISPONIBLE. SE ALQUILA», rezaban los carteles pegados a los ventanales. Me miraste sin saber qué estaba ha-

ciendo. Yo había reconocido ese lugar. Era el bajo que había ocupado la antigua cafetería del Horno San Buenaventura. Perplejo, me vi a mí mismo cuando era un niño, acompañado de mi madre. La secuencia, casi cinematográfica, era más viva que el presente. Mi madre aún llevaba consigo la fuerza de los deseos y tiraba de mí. Vestía un dos piezas de rayas con pasamanería y los hombres la miraban a su paso. Entramos en la cafetería y me retrepé en una butaca que, con mi pequeña estatura, era la guarida perfecta para mis ensoñaciones. Pidió para mí un vaso de leche con un pastel y un café para ella. Enseguida me abalancé sobre el pequeño paquete, retiré el envoltorio de papel translúcido y mordí la bizcochada cubierta de praliné glaseado. Mi madre, antes de tomar su café, seleccionó un Craven "A" de una caja metálica y roja. De inmediato, un hombre le ofreció el fuego que aceptó con una medida indiferencia. Eran tiempos encorsetados en los que los deseos y las intenciones se decían con un gesto o una mirada.

Aún recuerdo esas cajas de tabaco que mi padre traía del puerto. En aquella época, con la complicidad de los tripulantes de buques que surcaban rutas internacionales, era habitual conseguir tabaco, espirituosos y otros ultramarinos de estraperlo. La memoria siempre es incompleta y aquella secuencia terminó ahí, como si el resto de fotogramas hubieran ardido al pasar por la salida del proyector. Y consciente de la imposibilidad de volver a caminar por todos los lugares del pasado, supe que este acabaría oculto bajo las dunas del tiempo, como si nunca hubiera sucedido. En fin, la vida también está hecha de pérdidas y olvidos.

Por cierto, advierto ahora que mi memoria se ha convertido en una suerte de telescopio que aleatoriamente enfoca tiempos y espacios, hombres y mujeres que conocí; un mosaico, un *collage* de imágenes y vivencias. Unas veces me prote-

gen y otras me exponen a la intemperie, igual que esas calles del barrio de Los Remedios por las que tú y yo paseamos en busca de las huellas de mi infancia, la que te empeñabas en negar maliciando entre risas que yo hubiera sido un niño alguna vez.

RECORDABA MEJOR MI JUVENTUD: tiempos ásperos y expectantes, de gaseosas y entre panas, de los que emergieron punzantes el descaro y la alegría tras cuatro décadas de defectos, hoy retorcidas a discreción por la tinta espuria de tantos relatores. Y es que nunca fue tan fácil sentirse protagonista de la historia, porque lo preciso no era contar la vida, sino vivirla a cada instante.

Yo era el cuarto de cinco hermanos y, al igual que ellos no sabían casi nada de mis ansias y anhelos, tampoco yo sabía de los suyos. Qué iba a saber yo de mis hermanas mayores Elena y Cecilia, o de mi hermano Adrián. Y qué decir de Jimmy, al que aventajaba en casi ocho años. ¿Te conté alguna vez por qué le llamábamos Jimmy? Mi madre había tenido un embarazo difícil y poco antes de dar a luz se rompió una pierna. No sé si parió con los rigores del dolor bíblico, pero los picores bajo la escayola permanecieron hasta alguna semana después del parto. Y una vez recobrado su vientre, aún con la pierna inmóvil, le dio por bautizar a su quinto hijo como Joaquín José Jimiju. El primer nombre por mi abuelo paterno, el segundo por mi padre y el tercero por la gracia que le hacía el modelo africano de la vecina separada del quinto, de la cual mi madre recibía clases de pintura. Nosotros, sus hermanos, nos encargamos de abreviar aquella tríada y acabamos bautizando a nuestro hermano pequeño con el nombre de Jimmy. Una vez,

ya mayores, escuché a mi hermana Elena contarnos entre guiños de ficción algunas escenas protagonizadas por aquel ébano posando para las dos artistas.

Pero a lo que iba, compartía mi vida con íntimos desconocidos. Mi hermano Adrián y yo dormíamos y estudiábamos en una típica habitación de aquellos años setenta, envuelta en su papel pintado como si fuera una caja de regalo, con una mesa y una estantería para nuestros libros de texto que fue ocupándose con tebeos y novelas de aventuras. Y también un radiocasete con cintas de los Stones, de Dylan o Pink Floyd. En un estuche guardaba entre viejas barajas de juegos infantiles otra clandestina que un verano me regaló un primo mayor, donde aparecían mujeres asombrosas, como recién salidas del sueño o la pesadilla de un obispo.

Pegado a la pared de mi cama había un cartel con el dibujo del mapa de Andalucía del que emergía una mujer desnuda, levantándose, junto a una leyenda que rezaba «Anda, Lucía» y el logotipo del Partido Andalucista: una mano roja dentro de un círculo. Y también un póster de Jim Morrison y otro del Che Guevara en rojo y negro que me había comprado en la Feria de Abril por veinticinco pesetas junto a unos tarjetones con frases manuscritas del tipo «La utopía es la realidad del futuro». ¡Cuánto idealismo! Pero, ¿qué otra cosa se puede ser cuando uno es entretenidamente joven sino salvaje, rebelde y contestatario?

VAGGA, PERDÓNAME ESTAS DERIVAS. A veces no soy más que un loro exquisito. Durante uno de aquellos paseos a los que me acompañaste por Los Remedios, me temo que cansada de tanta historia mínima, me preguntaste si había salido con alguna